

EL CASTELLANO

SEMENARIO CATÓLICO

Redacción y Administración.
Calle de la Plata, núm. 13.
Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

PAGO ADELANTADO.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,05 "
Idem atrasado.....	0,10 "

¡Pobre hombre!

D. Florentino Moreno (a) Luz-Bel, «hombre de buenas y malas cualidades, echó mano de un par de éstas (D. Florentino las usa como si fueran banderillas) y las gastó enteritas en decir: «el autor de la Historia de malos Papas soy yo».

Muy señor mío, dije entonces a D. Florentino y me quedé como antes estaba, esto es: esperando a que probara con datos lo que dice y que lo sustentara con su firma. Pero D. Florentino había gastado ya su par de cualidades buenas y con las otras, en vez de presentar datos, señalar autoridades, acotar y fijar las citas, siguió vulnerando ominosamente la fama de los Papas venerables y santos algunos, otros justos y sabios y todos dignos de respeto por el puesto que ocuparon y mas aún porque ya la muerte pidió paz para ellos.

En su réplica esperé hallar más fuerte a don Florentino; pero el «hombre de las cualidades» no tiene la de cejar en su propósito, y como buen convencido cierra contra mí con palabras gruesas, cual si yo hubiera de contestarle en el mismo tono; vano empeño y tiempo perdido, porque, enténdalo bien D. Florentino, ni con él, ni con nadie, bajaré jamás hasta hacer de mí polémica personal contenida, mucho menos insultaré a nadie y de ninguna manera usaré palabras indecorosas ni mal sonantes. Siempre, antes al escribir sobre la inmortalidad del alma y ahora al rebatir las historias de D. Florentino, procuré usar el mayor comedimiento posible y dar a mis escritos la amplitud necesaria para hacerlos de alguna manera útiles ó interesantes: tanto peor para D. Florentino si tomó como afirmación mis hipótesis, lo cual prueba lastimosamente que hay motivo para hacerlas y a la par que esta flojidad en lógica.

Aplico todas mis fuerzas en extender el catolicismo, que considero el antidoto de todos los males de la sociedad y mi alma, en todos sus actos, se recrea con las dulzuras atesoradas en esa Religión, que cura las pasiones del cuerpo y satisface las ansiedades del alma.

Miradas así las cosas, ¿qué son las palabras de D. Florentino? Nada; acaso desahogo de una situación apurada y angustiosa, quizás revelación de concentrados é injustos rencores, ó tal vez una de tantas expansiones de la humana soberbia, lo que es tanto he visto llorar a los hombres cuando, colocados en el tribunal de la penitencia, siendo a la vez reos y testigos de sus miserias, las detestan y deploran como ruinas hijas del pecado, concitadas contra nuestra conciencia sólo para su mayor perturbación y tortura.

No me duelen, no, ni mucho menos, las palabras de D. Florentino; dúleme, y mucho, verle hecho *fontaño* humano de crónicas é historias desacreditadas é impías, prodigando el mal, sin tener siquiera la satisfacción de poner algo suyo, propagando el escándalo cual si realmente fuera un vocinglero servidor de Satanás, *copiando*, ó lo que es igual, hablando por boca de gasno, como si dentro de su inteligencia no hubiere convenciones, como si en su espíritu no alentaran creencias, como si su alma no estuviera dispuesta para nobles ideales, como si dolorosos desengaños le hubieran arrebatado toda clase de compasivos y tiernos sentimientos y solamente hubiera quedado en él una ciega maldad, un instinto material de perversión vivo para el escarnio y el vilipendio, muerto para sanitar y glorificar.

Esto es lo que me duele, esto es lo que me apena; y tanto más, cuanto que D. Florentino, azuzado por no sé qué espíritu de sectario, dirige sus ataques, no contra los Papas, estos es un pretexto, sino contra los ideales católicos; y tan ufano marcha, que no ve en ello su propio descrédito; porque intentando atacar la firmeza del solio pontificio, no logra ni hacerse cargo de la magnitud del asunto, demuestra no alcanzar su filosofía más allá de donde llegar pueda su brazo extendido; se hace mirar como un insignificante pígameo y con lástima le comparo a un

ratoncillo que para derrocar la monarquía comenrase por intentar roer la broncueña base de la estatua de algún Rey poderoso.

Levante mas sus miras D. Florentino, abarque, si puede, la admirable obra que trata de socavar y verá cómo se detiene ante la imponente majestad y magnificencia que la esplendoran. Antes de la existencia ó del establecimiento público del cristianismo, podían tener alguna explicación estos ataques, porque no podían ser compelidos los hombres a la practica exterior de una ley que les era desconocida; pero cuando el gran Constantino, abrazando esta religión la hizo reconocer por ley y fundamento del imperio; y cuando destruyó el imperio por la invasión de los pueblos del Norte fué creada la sociedad europea por el poder del Cristianismo y la Iglesia, no podrán ya los hombres, si han de ser consecuentes, alzarse contra su bienhechora, contra esa Sociedad augusta que, sofocando con firme y cariñosas mano las pasiones del hombre, logró arrancarlo de la depravación y la mollicie, salvarlo de la arrasante destrucción de la barbarie, é infundiendo en su pecho sentimientos de nobleza y en su alma gloriosas aspiraciones, le preparó para una civilización fecunda, de indefinido progreso, asentada sobre leyes de amor, de paz, de concordia, que a la par predicaba y esculpía con la santidad de su existencia en lo mas futuro, en lo mas inviolable del humano corazón.

Y esta grandeza en nada alcanzó tan hermosa manifestación como en los Papas, que mientras fueron debidamente mirados por los Soberanos de Europa y del mundo, rara vez se estremeció la tierra con los horrores de una rebelión. Un breve, una amenaza, un anatema pronunciado por el Soberano Pontífice, hacía entrar a los Reyes y a los súbditos en el camino del deber, ó bien reunía a todos los demás soberanos para que con el peso de su fuerza destruyeran la tiranía ó sujetasen la rebelión. Vicario visible del invisible Fundador de la Iglesia, su voz parece dotada en algunas ocasiones del poder del Divino Maestro. Si habla no es para exponer sistemas de filosofía, sino para dictar leyes que, inspiradas en el bien común, proporcionan la paz a la sociedad, y al individuo la felicidad y la gloria. La firmeza de su voz ha reido los espíritus más soberbios y la dulcedumbre ordinaria de su vida ha logrado desarmar las mas furiosas persecuciones armadas contra él por el sectarismo y la soberbia en las encendidas luchas que han conmovido la tierra durante el largo período de más de diecinueve siglos.

No es la ciencia la que nos salva, D. Florentino, sino la fe, que es absolutamente necesaria para alcanzar el fin a que estamos destinados, y por eso Dios, rico en misericordia, además de ayudarnos con su gracia para alcanzarla y conservar la, ha establecido un medio siempre vivo, siempre presente, siempre activo, que nos abre infinitas avenidas é innumerables caminos al santuario de la Divinidad. Este medio es la Iglesia, autoridad viva, permanente, indefeible, montada que alza su frente majestuosa sobre la cumbre de todas las montañas; ciudad de Dios, cuyos fundamentos estringen en los montes eternos; luz colocada por el mismo Jesucristo para alumbrar los caminos de los hombres, para disipar las tinieblas de nuestra ignorancia, para sujetar los odios de nuestro corazón, para cambiar la perversidad de nuestra naturaleza caída, trocándola en caridad, por la que nos amamos los unos a los otros y alcanzamos aquella perfección y nobleza, dignas de los seres racionales.

Esta es la obra majestuosa, el edificio santo, la sociedad divina, la religión salvadora que D. Florentino «el hombre de las malas y buenas cualidades» trata de atacar, ridiculizar y destruir. Contra ella, con volteriana intención dirige sus golpes, contra su visible cabeza asesta sus tiros, y sin mirar que está asistido por el Espíritu Santo, que es la hija predilecta de nuestro Salvador Jesucristo; sin atender que somos muchos millones los que amamos su vida, la ultraje y nos ofende, la calcumna y nos insulta, la moleja y se moía de nosotros, trata de arrojarla cieo

y no la mancha, pero el cieno cae sobre nosotros y no debemos tolerarlo.

Por eso, haciéndome cargo de la intención de D. Florentino, hablé al «hombre de las cualidades» en mi anterior artículo, le probé con irrefutables autoridades, que su historia era un tejido de falsedades, aunque por decoro no le di el calificativo propio del que dice cosas falsas, y entre bromas y veras traté de hacer ver a D. Florentino que se dedicara a obrar como abogado ya que tan pocas muestras daba de valer para publicista. Entonces calificué a don Florentino de sistemático, de equivocado, de falsamente convencido; pero ahora, al verle insistir, al verle continuar su obra con perfiya y constancia, dignas de mejor causa, varlo mi juicio, y en lugar de tener a D. Florentino por lo que antes dije, le tengo escillamente por un pobre hombre.

Salvador San.



El Baño de la Gaba.

II

Parece como que ha habido deliberado empeño en dejar envuelto en sombras al último Rey de la dinastía visigoda, y hasta su misma muerte aparece misteriosa, para dejar el trabajo de des cubrirlo al espíritu investigador del siglo XIX, en el cual se ha venido a averiguar después de mucho escudriñar, descifrar y comprobar, que Flavio Rodrigo no murió en el Guadalete, sino bien lejos de allí, después de luchar por la independencia de la Patria, que con éliba a sucumbir.

Tiene todos los visos de verosimilitud, el epítalo encontrado por Alfonso Magno, en Vizeu, que decía: HIC REGNSIT RODRIGUS ULTIMUS REX GOTORUM, que todavía se conserva en 1709 en el Monasterio de San Miguel de Fetal, cerca de aquella ciudad lusitana.

Podría consultarse, al efecto, los profundos estudios del sabio académico Sr. Saavedra, y las lumbinosas conferencias dadas en la docta Sociedad Geográfica de Madrid por el erudito Sr. Barrantes y el infatigable explorador francés Sr. Bide, y publicadas en los Boletines de dicha Corporación; tomos, primer semestre de 1891, página 241; primer semestre de 1892, página 227, y segundo semestre de 1893, páginas 134; y en ellas se ve, como resultado histórico positivo de las exploraciones llevadas a cabo en las hasta ahora misteriosas y discutidas comarcas abruptas de las *Jurdes* y las *Bateucas*, que todavía palpita allí la memoria de aquel heroico Rey y de aquellos desesperados y nobles guerreros.

Allí aparecen entre aquellas breñas vestigios de que el hijo de Godofredo, después del desastre del Guadalete, se resistió depodadamente tras los muros de Mérida, y en su retirada empujó rudos, supremos y decisivos combates que fueron mermando sus huestes, hasta que en *Valdamantanza* y *Sagoyula* tuvo lugar la última y terrible refriega, que debió ser una verdadera exterminación. Allí, en aquellas intrincadas montañas, allí sucumbió para siempre el imperio visigodo; allí quedaron, como sepultados en vida, en confuso montón, vencidos y vencedores; de allí se desbandaron fugitivos, errantes y azorados los pobres españoles que no quisieron sucumbir, en busca de seguro refugio en las cercanas sierras de la Lusitania ó en las lejanas de Asturias y Galicia, y allí, por último, é murió por mano del hijo de Muza el indomable Rodrigo, é corrió presuroso a ocultarse en el inmediato valle del Mondego, á donde concluyera su agitada vida en la penitencia y retiro de un anacoreta, siguiendo el dictamen de D. Aureliano Fernández Guerra en su *Caldá y ruina del imperio visigótico*; de D. Eduardo Saavedra en su *Estudio sobre la invasión de los árabs en España* y de D. Vicente Barrantes en su *Monografía sobre las Jurdes*, ya citada.

De modo que, como decíamos antes, que no hay novela sin algo de historia, nos resulta ahora, que la base del argumento del popular drama del inmortal Zorrilla, *El pañal del godo*, tiene un fondo de verdad histórica.

III

Me puse en el cargo de mi cuenta que el Conde D. Julián, ni fué Conde, ni Don, ni Julián, y voy a datarame de ello.

En efecto, el título de Conde entre los godos indicaba un cargo, palatino: como *Conde de Mesa*, *Conde de Espalarion*, *Conde del Establo* ó *Contestable* etc., y no lo podían ejercer más que individuos de la mas alta nobleza, de la confianza absoluta del Rey, y el sujeto de que nos ocupamos está probado que no sólo no era godo, sino que ni aun español ni cristiano; pues era *gringo bizantino* de nacimiento y no godo, llamado Julián; tan judío como Caifás y Barrabas, pero no de tan mala condición, porque, como venenos más adelante, no fué traidor á una patria y á un Rey que no eran suyos, sino protector y frustrado libertador de su raza; á la cual quiso sacar de la esclavitud en que la sumieran los godos, contribuyendo á la expedición de los norros, como objeto de derribar á las instituciones que la oprimían y tiraizaban, haciendo causa común con el Partido Witzano (1).

De suerte, que mal podía haber sido Gobernador de Ceuta: en primer lugar, porque la mencionada Plaza no era de España entonces, sino que estaba en poder de Muza desde que éste conquistó á la Mauritania y se la quitó á los griegos, y en segundo lugar, porque aunque hubiera sido tal Gobernador, el título que en aquella época se daba á estos era el de *Duque*, como Duque de Córdoba, Duque de Cantabria, etc.

Respecto al Don, es un anacronismo el ponerlo á los personajes del período que estamos estudiando, incluso al mismo Monarca, y así no debe decirse D. Rodrigo, D. Pelayo, D. Julián, D. Oppas, ni D. Fulano; porque los Reyes, desde Recaredo, venían usando el prenombre de Flavio, y los demás ciudadanos su nombre de pila a secas.

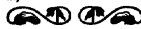
El Don, contracción de *Dominus* (que sólo se daba a Dios) lo usaban solamente los Papas, y hasta el siglo X no empezaron á usarlo los Prelados españoles, de los cuales descendió á otras dignidades eclesiásticas, y el primer Rey que lo usó fué Alfonso IV el Monge, por haber sido *Abad* de Salagüta.

Lo que es cuanto ciertamente es que el tal Julián ó Julián concurre a la conjura de los montes de la Corderina, cerca de Cosuegra, en la que se deliberó acerca de excoigitar el medio de provocar un alzamiento contra el Rey Rodrigo. Conspiración urdida por Sisebuto y Ebbas, hijos de Witiza y Oppas, metropolitano de Sevilla, tío de ambos, contando con el apoyo de los muchos más conspicuos, ganosos de sacudir el insostenible yugo que le impusiera la legislación vigente, siendo designado por la Asamblea el citado Julián para extenderse con Muza, a fin de conseguir de él que enviara una expedición guerrera que apoyase con las armas las pretensiones de recuperar el Trono los unos y salir de la cautividad los otros.

Sin darnos cuenta nos hemos engolfado en esta disonión que parece que nos ha desviado del propósito primordial de este artículo ó lo que sea. Hemos hecho lo que en Estrategia se llama una *diversión*, concluida la cual, volvamos á tomar la línea de operaciones que nos conduzca al objetivo.

Manuel Castaños y Montijano.

(Se continuará.)



LOS ANTICLERICALES

Hemos visto el comunicado que trae La Idea remitido por D. Perfecto Díaz, no nos sorprende; conocimos á este señor y se ha retratado de cuerpo entero; la bilis anticlerical que

(1) Véase entre otros textos á la *Historia general de España*, de Lafuente; á la *Historia de Toledo*, de Martín Gamero y, á mayor abundamiento, las inscripciones hebreas del Tránsito, Sinagoga erigida por Samuel Levi, en los que se citan á varios judíos nobles de Toledo, del linaje del citado Julián, padre de la Gaba, es decir, de la raza deicida.